

## FLORES PARA SAN ANTONIO

La nomenclatura de las calles dice mucho más de la ciudad de lo que los habitantes piensan. Por ejemplo, la calle de Plateros recuerda que hace años se encontraban allí reunidos quienes conocían tal oficio; algo similar puede decirse de Mercaderes, o la de Tabaqueros. También hay calles con alusiones a la naturaleza, como Paseo de las Palmas; otras con nombres casi esotéricos como Barranca del Muerto o el Callejón del Diablo. Y las más que recuerdan un pasado clerical, San Juan de Letrán, Santo Domingo, San Francisco o Nuestra Señora de los Ángeles.

Nombres poéticos, heroicos, de alcurnia o vulgares; nombres que cuentan la historia de una ciudad. Pero, qué significa Eje Central o Anillo de Circunvalación. ¡No! Esos no dicen nada. El populoso barrio de La Merced, lleno de comercios, de cargadores, vendedores, compradores, basura, ruido, vicios y tantas otras cosas no debiera ubicarse en el Anillo de Circunvalación. Ese no es nombre para un lugar lleno de vida, quedaría mejor Paseo de las Putas, Callejón de la Verdura o Calle del Buen Ladrón. ¿Anillo de Circunvalación? ¿Qué demonios es eso?

Un muchacho en bicicleta hacía estos alegatos mentales mientras conducía su bicicleta cargada de flores sobre Anillo de Circunvalación. Llevaba flores al templo de San Antonio, y por andar pensando tanto no se había percatado que las prostitutas que se paran frente a los comercios, le chiflaban, se reían y le hacían propuestas subidas de tono. Como ya llevaba mucho rato pedaleando, se había cansado y había decidido bajarse de la bici para caminar jalándola del manubrio. Así salió de lo absorto de sus pensamientos y comenzó a escuchar a las mujeres. -“Verdad que son para mí, güerito”. Decía una, -“No mensa, es mi cinturita, son mías”. Reclamaba otra. Una más gritaba, -“También te quiero, ¡papacito!” Mujeres distribuidas cada tres pasos, esperaban cliente una junto a la otra. Algunas ayudando a la vecina, otras ignorándola; pero ese día, todas soñando con las rosas del muchacho.

El muchacho era devoto de San Antonio, se había encomendado a él para conseguir empleo a cambio de llevarle flores a su iglesia. Ese mismo día, había conseguido trabajo después de varios meses pasando hambre. Por eso Ricardo cumplía su manda con el santo llevando tres docenas de rosas blancas y rojas. Pero nunca pensó que al pasar por el Anillo de Circunvalación, las mujeres que venden su amor a los visitantes de la merced, se llenarían de alegría pensar que alguien pudiera obsequiarles una flor alguna vez.

Esas mujeres, con historias tan distintas y a la vez tan parecidas, pasaban todos los días por las mismas faenas para tener dinero que llevar a sus casas. Ricardo pensó en ellas, en lo difícil que debe ser estar con un gordo, con un sucio, con un golpeador, enamorarse del que las trata mejor y verlo partir. Ricardo pensó en sí mismo sin trabajo, pensando hacer cualquier cosa con tal de llevar comida a su hermana y a su sobrinita. Pensó en la miseria de esas mujeres y en la suya propia, en la miseria de tantas almas que vagan por Plateros, Paseo de las Palmas, Barranca del Muerto y sobre todo, allí en Anillo de Circunvalación.

Siguió caminando con su bicicleta y sus flores. Llegó al templo donde San Antonio lo esperaba con su niño entre sus brazos. Ricardo se arrodilló, dio las gracias por el empleo, sacó las últimas monedas que le quedaban y las metió en la alcancía del santo. Pero allí, hincado, lloró la miseria de las almas que vagan sin amor. Lloró con amargura su presente y su pasado, y volvió a pensar en las mujeres que serían tan felices con sus flores. Volteó a ver al santo quien parecía sonreírle. Así que talló sus ojos con las manos, se levantó, tomó de nuevo sus flores y salió del templo.

De nuevo se dirigió al Anillo de Circunvalación; pero antes de llegar a donde se encontraban las mujeres, esperó que pasara algún chiquillo para hacerle un encargo. Cuando pasó uno, le dijo –“Llévale una rosa a cada una de las señoritas de allá, no les digas quién te mandó. Sólo diles que un admirador.” -“Si ésas no son señoritas, wey”- le respondió el chamaquito. Ricardo le dio un manotazo en la cabeza y le repitió -“Una rosa a cada señorita.” Sacó un billete de veinte pesos y le dijo que pensara que las haría felices por un día.

Esperó y vigiló al mandadero de cerca para que se cumpliera el encargo. Las mujeres se alegraban, reían a carcajadas y recordaban historias pasadas. Todas sabían quién había mandado al niño, pero querían soñar que era un novio lejano, un amor perdido. Cuando el niño terminó, Ricardo subió a su bicicleta, volviendo a pensar que Anillo de Circunvalación no es nombre apropiado para una calle llena de vida y de esperanzas.